



# Introducción

## 1 Pemartín como objeto de estudio

Admitir que a las derechas hay que reconocerles entidad propia empieza a ser un lugar común entre los historiadores, en el sentido de que al menos en las versiones de mayor eficacia histórica contaron, y cuentan, con una ideología, una agenda y unos proyectos de sociedad específicos que van más allá de una reacción contra el comunismo, el liberalismo progresista o la democracia participativa. Esto fue especialmente así en el caso del fascismo de entreguerras, pero también, en el del nacionalismo reaccionario español que fue mutando a lo largo del siglo xx, según los cambios de coyuntura, y que hoy día pervive bajo fórmulas neoconservadoras o de síndrome ultramontano en algunos sectores de la sociedad española.

De tal modo, entre las motivaciones que han llevado a componer este libro se encuentra la de contribuir a superar las interpretaciones historiográficas tradicionales de la contrarrevolución que llevaron a cabo las derechas más radicales configuradas tras la Gran Guerra, ayudando a pensar mejor una situación actual en la que los herederos de parte de aquellas viven un nuevo amanecer en Europa y EE.UU. Dichas interpretaciones han sido especialmente deudoras de las que se ocuparon del fenómeno fascista, las cuales pueden agruparse en una serie de enfoques condicionados a veces por la adscripción política de los historiadores. Así, la interpretación tradicional liberal entendió el fascismo como antiliberalismo, como un mal banal sin ideología, tal y como muestran las visiones del totalitarismo influidas por los análisis de Hannah Arendt (2013, 2006). Por su parte, la interpretación marxista o de «clases», que fue la primera en definirlo como movimiento totalitario en la Italia de los años veinte, ha tenido dos variantes. Una unió el nacimiento del fascismo a las clases medias y bajas, mientras que otra lo convirtió en un instrumento de la clase capitalista (Gentile, 2004a, pp. 82-84). En el primer caso el fascismo sería producto del descontento entre un amplio

espectro de la población, que abarcaría desde simples obreros o campesinos sufridos del paro o la crisis inmediatamente posterior a la Primera Guerra Mundial, a profesionales liberales en vías de proletarización, tenderos, estudiantes, antiguos soldados, intelectuales sin posición y desclasados de todo tipo (Mann, 2006, pp. 14-33). A esta interpretación se le sumaron las teorías psicológicas que desde el freudomarxismo y la escuela de Frankfurt unieron el nacimiento de la personalidad autoritaria a las clases medias (Fromm & Horkheimer, 1978, pp. 177-198).

La otra variante de la interpretación marxista vino de la Tercera Internacional, que definió el fascismo como dictadura terrorista del Gran Capital, presentándolo como una reacción burguesa antisocialista. Esa idea del fascismo como «estado capitalista excepcional» defendió que este fue el recurso de fuerza de una burguesía que se enfrentaba a la clase trabajadora politizada. Esta perspectiva clásica de tipo materialista, que ha sido hegemónica en los movimientos sociales y la izquierda, sigue siendo imprescindible para explicar el surgimiento de los fascismos y, también, para interpretar la radicalización de la derecha española en tiempos de la Segunda República ante la conflictividad social y la fuerza del movimiento obrero. Incluso es útil para explicar los primeros conatos de un fascismo a la española como pudieron ser La Traza o el pistolero barcelonés durante el llamado Trienio Bolchevique (1918-1920), pero sigue ofreciendo una explicación parcial que por ejemplo olvida que en 1933 el 31 % de los miembros del NSDAP (Partido Nacional-Socialista Alemán) eran de clase obrera, y alrededor de un 21 %, empleados subalternos. O que buena parte de los jóvenes que se afiliaron a Falange en 1936 provenían de clases populares.

Cabe no olvidarse de que igualmente hay una interpretación socialdemócrata que considera el fascismo como fruto de una ilustración insuficiente, de una modernidad incompleta, y también hay teorías que lo presentan como un desarrollo específico del marxismo que tendría su origen en una izquierda no materialista, ideas que por ejemplo en Francia promovían Georges Sorel o Maurice Barrés y que en Italia dieron lugar a las propuestas corporativistas y de justicia social que caracterizaron a algunos fascistas de primera hornada.

Siendo perspectivas necesarias, lo que las explicaciones tradicionales del fascismo y del autoritarismo europeo de entreguerras tienen en común es que le han quitado la carga ideológica a un fenómeno político que movilizó a millones de personas en su favor y lo han presentado en sentido puramente negativo, es decir, como «antialgo». Frente a ellas, que poco contemplaron la historia social y no atendieron a las creencias que los fascismos supieron movilizar, una tradición historiográfica que comienza en los años sesenta con los trabajos de George L. Mosse y Ernst Nolte subrayó la necesidad de analizar y comprender los componentes simbólicos, filosóficos o ideológicos que presentaron. Y eso tendrá que hacerse a

través de un mejor conocimiento tanto de los intelectuales que los promovieron como de sus circunstancias locales.

Por ejemplo, para Nolte, el origen del fascismo se situaba en una resistencia a la modernidad surgida desde su propio interior cuando aquella derivó en una revolución materialista, y a la que había que enfrentarle una contrarrevolución conservadora o antimaterialista, como defendería, por ejemplo, el discurso de Charles Maurras en Francia (Nolte, 1967, pp. 493-506) y que en España difundió un colaborador y amigo de José Pemartín, Eugenio Vegas Latapié. Así, Zeev Sternhell ha subrayado la idea del origen del fascismo en el antimaterialismo de izquierdas que, unido al discurso nacionalista que se enciende con la IGM, daría lugar a lo que Enrico Corradini en Italia denominó «nacional-socialismo» (Sternhell, 1994). Por su parte, Robert O. Paxton lo define como «una forma de conducta política caracterizada por una preocupación obsesiva por la decadencia de la comunidad, su humillación o victimización y por cultos compensatorios de unidad, energía y pureza» (Paxton, 2005, p. 255). Pero esa idea de decadencia, que se quería resuelta por la vía de la integración nacional y el reforzamiento del Estado, es también una de las claves para entender el papel del nacional-catolicismo en la nueva derecha española surgida a partir del agotamiento del maurismo, y que difícilmente puede asemejarse al fascismo.

De especial interés para nuestro estudio es el análisis de Roger Griffin en *Modernism and fascism* (2010). Este investigador caracteriza al fascismo de modo positivo, como una clase de ideología política cuyo núcleo sería el ultranacionalismo populista y *palingenésico*. Tratando de salvar las acusaciones de culturalismo y esencialismo, en medio de un problema propio de epistemología de las ciencias sociales, planteó un nuevo consenso para los historiadores reconociendo que: hay un sujeto histórico fascista, que este tuvo unas ideas propias y, que estas se basaron mayormente en un tipo de pensamiento mítico y premoderno, el cual se utilizó para defender un movimiento ultranacionalista cuyas referencias fueron la comunidad y la apelación a la violencia como vía legítima de regeneración política y social (Griffin, 2012, pp. 111-154). Pero dicho recurso palingenésico tanto en Europa como en España presentó muchas caras y no fue una exclusiva fascista. Pues la idealización de un pasado concreto, la rebelión contra el positivismo y el mecanicismo, la consideración de la democracia como sistema corrupto y antinatural, la lucha por subordinar la ciencia a un dogma, etc., eran preocupaciones que el fascismo compartía con pensadores reaccionarios del orbe nacional-católico como José Pemartín y Sanjuán (1888-1954).

Señorito andaluz perteneciente a una familia de bodegueros jerezanos, Pemartín fue uno de los agentes de la extrema derecha más activos entre los años que transcurrieron desde el giro fascistizante de la dictadura de Miguel Primo de Rivera hasta los comienzos del aperturismo en el régimen franquista. Su trayectoria

como pensador e ideólogo se empezó a desarrollar en la segunda mitad de los años 1920, cuando se convirtió en uno de los principales actualizadores del discurso nacional-católico (Quiroga, 2007; 2000, pp. 197-224), el cual siguió elaborando durante la Segunda República y modificando después. La reconfiguración del campo filosófico tras la Guerra Civil española, en la que tuvo un papel central al ocupar un alto cargo en el Ministerio de Educación Nacional (Canales, 2012, pp. 65-84), le dio la oportunidad de estar en los foros más importantes de la red oficial de la filosofía permitida bajo el franquismo y en congresos internacionales, además de controlar resortes importantes de los colegios privados y la universidad. Esto fue algo que tras su dimisión en el ministerio en 1942 combinó con su oposición clandestina a la permanencia de Franco en la jefatura del Estado.

Su producción escrita estuvo marcada por la política y cargada de mitemas propios de la derecha nacional-católica. Se dirigió especialmente a la defensa del tradicionalismo frente a las aspiraciones democráticas, parlamentarias o socialistas de la sociedad española, así como a los aspectos laicizantes del fascismo importado desde Italia y Alemania. La línea política de su pensamiento culminó en plena Guerra Civil con la defensa de un «fascismo católico» que unió la tradición del pensamiento reaccionario español con algunos desarrollos del fascismo representado por Falange y que se concretó en su libro *Qué es «lo nuevo»* (1937), elaborado e impreso en dos ocasiones durante la contienda. Concebido desde el seno del grupo Acción Española, al que perteneció durante los años republicanos, el libro fue considerado por el *Spanish Information Bureau* de Nueva York como el «Mein Kampf de Franco» (Claret, 2006, p. 46) o por José Luis López-Aranguren como lo más vaticinador que se escribió en aquel momento (López-Aranguren, 1996, p. 362). Pero la subordinación ideológica no restará, como se tratará de mostrar en este trabajo, cierto interés o riqueza en su producción filosófica. La argamasa de su actividad teórica fue una ontología del tiempo influida por el filósofo francés Henri Bergson y por la filosofía de la ciencia, especialmente la de tradición gala, trabajando cuestiones interesantes en el campo filosófico español de la posguerra, el cual no fue un mero páramo cultural.

Una línea de su actividad filosófica la constituyó una constante ofensiva frente al positivismo, la cual hay que situar dentro del marco de una guerra abierta contra la modernidad entendida esta como herencia cartesiana e ilustrada, sumándose así al asalto a la razón que desde primeros de siglo habían emprendido la mayor parte de las derechas europeas. Este lo realizó usando algunas estrategias bien asentadas desde la neoescolástica de entonces, así como apropiándose de algunos temas de la obra de José Ortega y Gasset y de corrientes filosóficas europeas, como el señalado bergsonismo, la fenomenología o la epistemología histórica de Gastón Bachelard (Vázquez, 2013, pp. 303-327). Como otros tantos, defendió la necesidad de una fundamentación ontológica de la ciencia desde bases aristoté-

lico-tomistas, para lo cual también acudió al análisis de los problemas filosóficos presentados por los desarrollos científicos que le eran coetáneos (Castro, 2013b, pp. 133-152). Esto se concretó en su libro *Introducción a una filosofía de lo temporal*, escrito en 1936, y en numerosos artículos publicados durante la posguerra y comienzos de los 1950 en *Revista de Filosofía*, *Arbor* o en actas de congresos, así como en sus intervenciones en la Sociedad Española de Filosofía en torno a 1950-1952. Su capital político y su condición de señorito andaluz, que no aspiró a una cátedra de Filosofía en la universidad franquista, le dotaba de la autonomía creativa necesaria como para recorrer intelectualmente los lindes de lo permitido por los graves condicionantes que imponía la dictadura.

El punto de partida de su posición era una consideración dinámica de la realidad y la necesidad de superar las ontologías estáticas o idealistas, buscando en la temporalidad una salida hacia la trascendencia y la justificación de la intervención divina en los asuntos de la historia, a la vez que en términos salvíficos trató de rescatar a la persona de la deshumanización y el cientifismo modernos. De tal modo, en su ontología del tiempo se fundaba una política de la religión.<sup>1</sup> De profunda religiosidad católica, a Pemartín siempre le acompañó una fuerte preocupación por la educación, tanto la escolar como la familiar y ciudadana. Publicó y conferenció mucho al respecto en círculos propios de la derecha católica y ocupó puestos importantes en las instituciones educativas de la etapa autárquica del franquismo, defendiendo como prioritaria la educación religiosa junto a la primacía de los saberes humanísticos y filosóficos frente a los conocimientos técnicos o meramente científicos, mostrando a su vez un importante desapego hacia el «maquinismo» y la vida urbana. Esto se concretó en su libro *Formación clásica y formación romántica. Ideas sobre la enseñanza*, publicado por Espasa-Calpe en 1942. La cuestión no se puede desligar del hecho de que la enseñanza de la Filosofía y las Humanidades, sobre todo el Latín, encontrasen en España un lugar privilegiado en el Bachillerato a partir de la Ley de 1938, que él contribuyó a elaborar y poner en marcha (Castro, 2014b, pp. 218-241). Ya, por último, tuvo siempre una especial sensibilidad hacia el mundo literario, siendo especialista en literatura contemporánea francesa. Ganó una cátedra de Francés en 1934 en la Escuela Profesional de Comercio de Cádiz y llegó a publicar una monografía sobre la novela gala, dedicando algunos de sus textos, sobre todo tardíos, al comentario estético de novedades literarias europeas y americanas.

Para Pemartín, la vuelta al viejo mundo se apoyaba en la representación de una España de los Austrias convertida en mito regenerador, formulando la idea de Hispanidad en sentido reaccionario en colaboración con Zacarías de Vizcarra

---

1 Sobre la idea de una sacralización de la política y de una política de la religión véase Gentile (2001; 2004b, pp. 57-68).

o Ramiro de Maeztu. Esa visión de la historia española era la que quería compartir con su grupo social, esto es, el de una aristocracia andaluza que había hecho del catolicismo su seña de identidad y que mantenía un fuerte sentimiento de casta superior. Acostumbrada a mandar despóticamente en el espacio rural andaluz, esta andaba asustada frente a una modernidad en ciernes, con todas las implicaciones sociales, políticas y económicas que conllevaba, porque dicha modernidad sacudía su concepción del orden y su visión del mundo, no solamente su posición económica. Desde ese punto de vista, las disposiciones adquiridas socialmente dentro de dicho grupo en una de las capitales de los señoritos del sur, como fue Jerez de la Frontera, condicionaron sus esquemas cognitivos, y con ello, su trayectoria filosófica.

Así, algunos de los elementos descritos por Griffin se verán presentes en el pensamiento pemartiniano no solamente porque las circunstancias le llevaron a fascistizarlo en algunos momentos clave de la lucha política. Pues si hay que situar su trayectoria general en una tradición, esta no se inscribe tanto en la rama del fascismo como en la del nacionalismo reaccionario europeo. Si hoy día hay dos líneas de la extrema derecha europea, una «contra» la democracia, y otra, «en» la democracia, no se puede olvidar esa diversificación. Como ha señalado Ismael Saz, al quedar velada por el debate historiográfico acerca de la naturaleza del fascismo y haberse estudiado normalmente de modo individualizado, la cuestión del nacionalismo reaccionario europeo, en el que se inscribe el nacional-catolicismo —que no solamente hubo en España, sino también en Portugal o Polonia— necesita de su propio debate y análisis riguroso. El nacionalismo reaccionario responde también a una cultura política específica y conforma un «complejo ideológico tan transnacional como el fascismo, y con efectos históricos tan importantes» como el mismo (Saz, 2012, pp. 155-156). Se está así ante dos sujetos político-ideológicos distintos que, si bien tienen elementos y momentos de proximidad, viéndose obligados a aliarse en el terreno de la lucha social y política, pugnar por la hegemonía en el campo de la derecha hasta 1945. En Italia dicho nacionalismo estuvo representado por la *Associazione Italiana Nazionalista*, en Francia por *L'Action Française*, en Portugal por *Integralismo Lusitano* y en España, el grupo que durante la Segunda República mejor lo representaría fue el congregado en torno a la revista *Acción Española*, que dirigió Ramiro de Maeztu y de la que Pemartín se hizo cargo durante la Guerra Civil. Años después el jerezano sería uno de los principales nexos entre el grupo que la conformó y la fracción de la derecha española que comandaron Rafael Calvo Serer o después Gonzalo Fernández de la Mora a partir de los 1950, como se verá en el último capítulo. El primero, conectado con Friedrich von Hayek, vertebró intelectualmente el viraje del tradicionalismo español hacia el liberalismo conservador en los tiempos de la industrialización franquista. El segundo, ya en los sesenta, proclamó el fin

de las ideologías y fue uno de los fundadores de Alianza Popular. Es de este modo que, reconstruyendo la trayectoria de Pemartín, se avistará parte del ADN del neoconservadurismo que hoy día ocupa gobiernos e instituciones europeas. Pues ninguna derecha se hubiese desarrollado sin sus militantes ni sus autores menores –pero de gran influencia local y según qué espacios–. Y para comprender a uno de sus elaboradores intelectuales, tal y como fue el jerezano, que buscó la alianza entre el pensamiento reaccionario español y el fascismo europeo, hay que integrar o unir a los planteamientos materialistas el análisis del polo ideológico y simbólico sirviéndose de un ecléctico método de estudio. Eso permitirá entender leer mejor el genotipo de la derecha española a través de un ejercicio de microhistoria intelectual, tal y como aquí se presenta.

## 2 Método

Más allá de los debates en torno a su olvido o su recuerdo, lo acontecido con la Guerra Civil española y el franquismo hay que situarlo bajo la perspectiva de una historia larga que explore sus causas de largo alcance y de una historia ancha que la inserte en lo que ocurría en el ámbito internacional. De paso, además de obtener un conocimiento más reflexivo, se contribuye a la liberación de la historia española de tener que satisfacer prejuicios ideológicos. Porque el tópico cainita de las «dos Españas» no puede tener la relevancia explicativa que se le sigue dando –por lo que tampoco se puede proyectar para entender lo que ocurre en el campo intelectual o cultural– si, en lugar de dejarse llevar por preconceptos incorporados, la investigación baja su escala de observación a la vida cotidiana o se interesa por establecer empíricamente las relaciones entre las trayectorias vitales e intelectuales con los cambios en los campos sociales donde estas se desarrollan. Pero, por otro lado, todo ejercicio de reconstrucción microhistórica solo cobra sentido, como enseñó Carlo Ginzburg, si interconecta una trayectoria o acontecimiento particular con el nivel macro de las estructuras sociales y mentales. Así, la radicalización de las derechas o la victoria del fascismo también deben estudiarse en un marco amplio que conecte el acontecimiento local con la historia de la racionalidad y sus crisis desde finales del siglo XIX, en el sentido de que el «giro autoritario» –donde se incluiría el caso soviético, tema que dejamos de lado– de la Europa de entreguerras tuvo mucho de reacción ante una modernidad que algunos percibieron tanto como peligro, como decadencia. De hecho, así lo entendieron algunos filósofos españoles que lo sufrieron directamente ligando el fascismo al proceso de secularización de la razón moderna. Si Ortega y Gasset ya lo relacionó en los años veinte con la irrupción de la moderna sociedad de masas, durante la Segunda República Eugenio Ímaz lo identificó con una absorción de la religión desde la política. María Zambrano, por su parte, identificó al Idealismo y su defensa de una razón incondicionada como antecedente del fascismo. Este

respondería a un estado de adolescencia permanente que elude una experiencia auténtica de la realidad. De tal modo, para la malagueña el fascismo sería la expresión más brutal de la «enemistad con la vida» del racionalismo, traducida en un «aferramiento violento al enmascaramiento idealista de la realidad» sirviéndose de una retórica hueca (Sánchez, 2009, pp. 201-216). Para Zambrano, coincidiendo con Ímaz, la disolución de lo divino por el idealismo y el nihilismo –dos caras de una misma moneda– trajo consigo un retorno brutal de lo sagrado (Zambrano, 1998).

Son los recientes estudios sobre el fascismo los que han insistido en las relaciones entre este y el modernismo, entendido como reacción frente a la modernidad, poniendo de relieve la fecundidad del estudio de la fundamentación filosófica de sus manifestaciones. Lo mismo cabe decir de la cultura política a la que contribuyó Pemartín. Por su parte, desde la Historia Social y Cultural de la Guerra Civil y la Posguerra españolas se están estudiando cuáles fueron las lógicas, móviles o intenciones que llevaron a una buena parte de la población a convertirse en agentes activos del autodesignado «Movimiento Nacional» desde el análisis de sus construcciones simbólicas, la eficacia propagandística o la legitimación teórica del «alzamiento» del 18 de julio de 1936. También es importante para profundizar en su análisis, rastrear los fundamentos filosóficos de dichas estrategias y legitimaciones ideológicas destinadas a solidificar lealtades tras el golpe militar de aquel día.

A ese viraje historiográfico hacia los estudios culturales del fascismo le ha acompañado un serio debate conceptual. Por ello cabe señalar que del mismo modo que los términos «derecha» o «fascismo» no significan lo mismo ahora que en el contexto que estudiamos, definir el nacionalismo reaccionario o el fascismo como conceptos genéricos que deban de corresponderse con unos determinados hechos empíricos ha sido en este trabajo un problema que se ha descartado dada las dificultades de la empresa, por lo que cuando se hable de ellos normalmente se hará en un sentido práctico encaminado a despejar las diversas indagaciones. Parecidos problemas se presentan cuando se pretende hacer del fascismo un concepto transhistórico apto para interpretar el auge de la extrema derecha en la actualidad y del que se abusa permanentemente (Traverso, 2016). ¿Cuáles son dichas dificultades? Si Pierre Bourdieu advertía de que a veces el marco teórico es más rígido que el objeto que se estudia, de modo que se pone más rigor en el discurso sobre el objeto –fruto de un campo de producción académica, muy preocupado, dicho sea de paso, por las fronteras entre disciplinas– que en el estudio del objeto mismo (Bourdieu, 2014, p. 130), Jean Claude Passeron señaló que, desde un punto de vista epistemológico, es muy complicado aprehender las interacciones sociales mediante categorizaciones «genéricas». Porque si el trabajo científico impone la utilización de un lenguaje ideal-típico que debe indexar sus



aserciones más generales sobre series de «casos singulares», estos siempre son tales. En las ciencias sociales no hay un «lenguaje artificial» completo capaz de traducir la «lengua natural» con la que se desarrolla la historia. Si en los científicos sociales opera de continuo lo que Max Weber llamó «coacción de razonamiento», que se da cuando se trata de pasar a concepto la singularidad de toda configuración histórica, eso conlleva los peligros de desatender los detalles (Passeron, 2011, p. 100). Y puede ser que el trabajo del detalle sea el principal oficio del historiador. Por eso, desde el punto de vista de la generación de conocimiento crítico quizás sea más productivo el análisis del proceso de radicalización o simplemente de mutación ideológica de las derechas españolas que partir de un concepto genérico con el que compararlas. Dicho esto, dentro de la órbita de la extrema derecha monárquica en la que siempre se movió, Pemartín fue uno de sus miembros más abiertos al fascismo y una de las figuras que mejor representan el proceso de fascistización de la derecha antirrepublicana atrincherada en el grupo-revista *Acción Española* (Gallego, 2014, p. 499).

Para elaborar el trabajo de reconstrucción de su trayectoria, que hasta ahora estaba por hacer de un modo más completo, se ha elegido una perspectiva socio-genética que atiende a la realidad relacional y procesal de todo sujeto, utilizando una metodología puesta en función del momento o asunto que se estudia. El eje cronológico en el que se enmarca la vida del jerezano posibilita un encuadre histórico muy ajustado que permite dividir el trabajo en etapas diferenciadas: la de su formación, que además reconstruye su herencia y socialización en el marco de la aristocracia rural andaluza (1902-1926) –capítulo 1–; la de los comienzos de su actividad hasta la consagración en el subcampo intelectual de la derecha española (1926-1931) –capítulos 1 y 2–; su militancia antidemocrática y la etapa de colaboración en *Acción Española* durante la Segunda República (1931-1936) –capítulo 3–; su papel como teórico en la Guerra Civil (1936-1939) –capítulo 4–; su trayectoria en el Ministerio de Educación de los primeros gobiernos de Franco, así como la actividad filosófica y política durante la posguerra y hasta su muerte en 1954 –capítulo 5–, justo cuando comienzan una serie de cambios decisivos en la vida del Régimen y la derecha tradicional española vive importantes modulaciones ideológicas –capítulo 6–.

Durante la fase de trabajo biográfico se encontraron pocas fuentes secundarias y se tuvo que ir realizando desde cero buscando en archivos de distinto nivel –desde el Archivo Histórico Nacional y el Archivo General de la Administración a archivos municipales como el de Jerez de la Frontera o privados, como el de Pedro Sainz Rodríguez y fondos personales del Archivo General de la Universidad de Navarra–, así como en hemerotecas –especialmente valiosa la del diario *ABC*, en cuyos ecos de sociedad fue recurrente dar cuenta de los Pemartín–. Una de las primeras prevenciones respecto a esta tarea fue que el resultado del trabajo

no podía ser una mera biografía intelectual —aunque se pudiese entresacar del mismo—. Teniendo esto en cuenta, se ha cuidado de caer en una serie de errores que podían llevar a extraviar el objeto de estudio. Uno de ellos es el «exceso de sentido y coherencia» al que puede conducir todo trabajo de narración biográfica. El hecho de que se imponga la necesidad de un relato coherente desde el punto de vista de la exigencia literaria, así como el propio afán por hallar un dato nuevo, puede provocar que el historiador se deje fascinar por diferentes poderes de sugestión cuando se encuentra con informaciones acerca del biografiado, de modo que su trabajo se puede convertir en un «proyecto utópico de exhaustividad que funda su impresión de comprender en la ilusión de inmediatez», donde todo «parece pertinente porque todo es sentido como metonímico». Es decir, el biógrafo corre el peligro de que todo dato deba de tener obligatoriamente sentido respecto al conjunto, de modo que toda referencia minúscula —una pelea en un local sevillano, una cena con el duque de Alba en Sanlúcar o una ponencia filosófica en Neuchatel— se convierte en un «detalle sinecdótico», en «elemento funcional» del relato, que se deshistoriza y se pone al servicio del sentido de una narración general. Esto conlleva el error de la pan-pertinencia de todos los datos, los cuales se piensan ilusamente como descriptibles y encajables en una narración coherente (Passeron, 2011, pp. 283-286). Se trata de un riesgo literario que puede liquidar el trabajo histórico o sociológico de interpretación críticos. Por eso, los datos seleccionados para este texto son aquellos que, una vez cruzados, aportan relevancia explicativa respecto a la trayectoria personal e intelectual del protagonista.

Respecto al análisis de los textos, Michel Foucault nos enseñó que todo discurso solamente se puede definir como obra individual en función de un sistema regulado de diferencias y dispersiones que actúa como su campo de posibilidades estratégicas —que llamó *Episteme*—, pero prescindió de un análisis materialista concreto de la producción del mismo, reclusando el sentido de los textos en la intertextualidad, es decir, en las relaciones entre discursos. Ese plano del comentario se ha practicado aquí en apartados del trabajo, poniendo de relieve la lógica interna de los mismos e interpretándolos con la mayor empatía que ha sido posible. Pero un problema metodológico reside en que mientras que Foucault obviaba el espacio social en el espacio de posibilidades del discurso, el marxismo algunas veces redujo el texto a aquel (Bourdieu 1997, pp. 55-60). Así que para intentar comprender de modo coherente la obra de Pemartín hay que comprender también la visión del mundo del grupo social al que perteneció como condición necesaria de producción de sus escritos, aunque no operase como condición suficiente. Esta era producto, como todas, de un proceso de socialización, el cual, por lo tanto, también hay que reconstruir.

Efectivamente, una parte de este trabajo se puede entender como una historia del discurso filosófico puesto en función de la lucha política desempeñada por

el sector de la derecha en el que militó Pemartín. Y, por lo tanto, ha tenido que hacerse especial hincapié en una dimensión fundamental de aquella: la historia de las apropiaciones de los filosofemas para armar un discurso político determinado. Respecto a estas, se indicarán cuáles son sus límites y sus formas, tratando de identificar qué individuos, grupos o clases tenían acceso a un determinado lenguaje y estaban en condiciones de descifrarlo, la relación institucionalizada entre el que lo pronuncia y el que lo recibe, las luchas por la recepción y apropiación de corrientes de pensamiento, etc., porque toda apropiación, en tanto que modo de importación, se da siempre en un contexto de descontextualización y recontextualización. En ese sentido, Roger Chartier ha insistido en que el discurso debe verse insertado en la trayectoria o contexto histórico en el que se da, para entre otras cosas, poder medir las distancias entre representación y realidad (Chartier, 1992, pp. 52-53).

Por todo lo dicho, han sido imprescindibles las aportaciones de la Sociología de los intelectuales de Bourdieu –de quien también se ha tomado la idea de «historia genética» señalada en el título (Bourdieu, 2014, pp. 131-135), si bien en un sentido muy libre– y su escuela, trasladada a España especialmente por el grupo de Sociología de la Filosofía que desde la Universidad de Cádiz han dirigido Francisco Vázquez García y José Luis Moreno Pestaña. El sociólogo francés señaló, en su paradigmática obra sobre la ontología política del filósofo Martin Heidegger, que los elementos clave de un texto se deben de buscar también en el «afuera» del mismo, en las condiciones sociales, intelectuales o materiales que lo hacen posible. En consecuencia, hay que hacer una lectura histórica de las obras filosóficas y reconstruir de continuo el campo intelectual y de poder en el que se mueve el autor, así como su posición en el espacio social. Por lo tanto, el marco teórico que aquí se establece aborda el objeto de estudio en tres dimensiones articuladas entre sí pero también relativamente independientes, pues no deben de sincronizarse: la dimensión intelectual, la social y la personal. De modo que frente a las alternativas de abordar la historia del fascismo o del nacionalismo reaccionario europeos desde un polo ideológico o un polo materialista, este trabajo insiste en el primero, pero también para mostrar que no se puede prescindir del segundo. Elaborado bajo lo que Ferdinand Braudel llamó «campos cruzados», se reivindica así la fecundidad de hibridar filosofía y ciencias sociales y se espera que el resultado sea de interés, cuanto menos porque la historia que se narra tiene aún importantes efectos sobre nuestro presente.